

REVOLUCIÓN y PETRÓLEO

Caracas, 22 de octubre de 2004.

Las elecciones, en cualquier país, son un laboratorio donde se muestran las mejores y las peores cualidades de los participantes. En Venezuela son una exquisita oportunidad para retirar los velos que amortiguan la realidad.

En este país, la existencia social es modelada por la riqueza petrolera, ese es el primer velo. Lo que en otras partes constituye una debacle aquí no pasa de ser un descuido de algún funcionario que rápidamente se remedia con los petrodólares. La eficiencia no es meta, la torpeza administrativa y la frívola planificación se compensan con el petróleo. La coordinación de los organismos del estado que en otros países es de vida o muerte, aquí es una ficción... los petrodólares compensan todo, y nublan la realidad.

Esta deformación producida por el chorro petrolero, alcanza, no podía ser de otra manera, nuestra conducta y sobre todo, la de los políticos. Se produce en ellos una especie de esquizofrenia: Por ejemplo, en un estado puede haber treinta candidatos a gobernadores y todos se postulan en nombre de la unidad. Un partido retira su candidato en un municipio por que hay altas posibilidades de fraude y en otro municipio vecino lo deja por que hay que pelear por la democracia, y los dos candidatos chapuceros se pueden presentar en el mismo programa televisivo y pretender que los electores acepten ese irrespeto a la inteligencia colectiva. El decoro se disuelve en las prebendas de país petrolero, antes los políticos aceptaban las derrotas, ahora estos hijos... del excremento del diablo hace tiempo que no ganan, pero tampoco son derrotados, las elecciones se plantean en estos términos: si gano son buenas, si pierdo hubo fraude, o lo que es peor ahora son adivinos: si las encuestas los dan perdedores cantan fraude antes que

sucedan. Inventaron unas elecciones donde nadie pierde, sólo hay ganadores y víctimas de fraude. No les importa que el fraude no tenga una prueba o que no sea visto ni por los propios observadores que ellos impusieron con arrebatos y pataletas.

Hasta aquí lo que da es risa. Pero el asunto es muy grave: los dirigentes han irrespetado la sagrada conexión que tienen con el pueblo, y buscando triunfos fáciles han instalado mentiras que desquician y crean bases psíquicas propicias para una salida fascistoide. Cuando a un pueblo se le miente continuamente, cuando los dirigentes se separan de la realidad y lo conducen por caminos de ficción, se corre el riesgo de entrar en una locura colectiva de la cual sólo se sale después de haber transitado por caminos de crueldad.

Estas reflexiones son válidas para todos los venezolanos. Pero sobre todo para los revolucionarios bolivarianos: nosotros debemos hacer un esfuerzo inmenso para romper la ética, la moral, la conducta que surge de una relación perversa con el excremento del diablo, y eso sin duda es la esencia de la Revolución: romper con los modelos de la época y establecer nuevos paradigmas. He allí la angustia del Comandante Chávez.

Hemos perdido tiempo y oportunidades de establecer nuevas relaciones. Nos hemos enchinchorrado bajo la sombra de la gran fuerza electoral de Chávez, que, paradójicamente, funciona como otro velo de las incapacidades nuestras, y olvidamos la tarea fundamental del revolucionario: escapar de las cadenas de su tiempo y fundar una nueva realidad. Es necesario, frente a la estupidez de los dirigentes políticos desplazados, instalar una nueva ética. No podemos repetir conductas, es necesario conducir al pueblo hacia una nueva relación consigo mismo y con el entorno. Hagamos una Revolución en el petróleo para construir una patria con paz y justicia.